

“Haced todo lo que él os diga”

Julien Faucher

Sacerdote diocesano, Canadá

EN LA FIESTA DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA, el 15 de agosto del 2010, he tenido el gozo de celebrar mi 29º aniversario de sacerdocio al servicio de la Iglesia. Me gusta repetirlo con frecuencia. ¡Qué gozo ser sacerdote, qué gozo vivir mi lema: “Haced todo lo que él os diga”! Soy feliz de ser sacerdote al servicio de la Iglesia en Montreal.

Mi vocación sacerdotal está tejida de acontecimientos excepcional. Nací y fui bautizado el 24 de octubre del Año Santo 1950, una semana antes de la proclamación del dogma de la Asunción de la Virgen María por el papa Pío XII. Proveniente de una familia cristiana, mis padres tenían gran devoción al Sagrado Corazón, a Santa Ana, a la Virgen María. Tengo cuatro hermanos y cinco hermanas.

Mi deseo de ser sacerdote surgió a la edad de nueve años durante la celebración de una misa en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús en East-Broughton. Mi amor a la Eucaristía es tan grande que puedo describir el primer día de este encuentro con Jesús, Pan de vida. Recibí la primera comunión a los seis años. Mi casa estaba a ocho kilómetros del pueblo. Con los años, me gustaba ir a misa a pie para comulgar, recibir este alimento que me hace vivir.

A la edad de 16 años, ingresé en el seminario San Juan María Vianney de Montreal para vocaciones tardías, bajo la dirección de los Padres de los Santos Apóstoles. Hay que advertir que el fundador, el P. Eusebio Ménard, era nativo de mi parroquia. Me inscribí en febrero de 1967 para iniciar el curso en septiembre. Sin embargo, el 3 de julio de 1967, tuve un accidente en la granja de mis padres: tenía el brazo derecho desgarrado. Mi hermano Cayetano, herido también, me salvó la vida. Pasaría dos meses en el hospital. Dos días después de mi llegada, acepté totalmente esta pérdida del brazo e tuve la experiencia tangible de la presencia de Jesucristo. Decidí hacerme misionero para anunciar a Jesucristo por el mundo entero.

Nada me detuvo. Estaba decidido a seguir mi curso, porque sor María Toupin, hermana de los Santos Apóstoles, me había dicho que el papa Pablo VI, había ordenado sacerdote a un hombre sin brazo y sin pierna.

Luego de un tiempo fui a vivir a una comunidad. Comencé los estudios teológicos en 1977 y estaba previsto ser ordenado sacerdote en el año 1980. Pero me esperaba una bella sorpresa de parte de Dios. El 8 de diciembre fui el primer diácono ordenado de Mons. St.-Gelais. Después, el 15 de agosto de 1981, en la fiesta de la Asunción de la Virgen María, sería ordenado sacerdote por Mons. Carlos Valois. El lema de mi ordenación fue: "Haced todo lo que él os diga". Esta frase de la Virgen está en el centro de mi vida sacerdotal. ¡Hacer amar a la Iglesia mostrando a todos la belleza de la Iglesia!

La otra maravilla de Dios ha venido a ser una delicadeza de Dios para conmigo. El año 1981, en efecto, es el año internacional de los minusválidos. ¡Qué olvido! ¡Feliz olvido de las autoridades, porque he llegado a ser sacerdote en este año internacional de los minusválidos, yo que sólo tengo el brazo izquierdo! "Todo concurre para el bien de los que aman a Dios".

Quisiera describir el gran momento de mi vida de sacerdote. En ese hermoso día del 15 de agosto 1981, mis hermanos, mis parientes, mi familia, mis amigos: minusválidos físicos e intelectuales, alcohólicos, toxicómanos, prostitutas, exencarcelados, jóvenes, religiosos y religiosas, y otros más, estuvieron presentes en esta celebración; quedó pequeña la iglesia.

Al final de la concelebración de ordenación, siendo concelebrantes dos obispos y cincuenta y dos sacerdotes, Mons. Valois me pidió de bendecir yo también a la gente. Vuelto hacia la multitud, sentí latir el corazón de la Iglesia. Fue en ese momento preciso que hice esta oración: "Señor Jesús, deseo que mi corazón, ardiente de amor a Ti, pueda latir al mismo ritmo que el corazón de la Iglesia, y que pueda amar a la Iglesia y hacerla amar por el mayor número posible, de esta manera yo seré misionero". Juré de hacer amar a la Iglesia a lo largo de toda mi vida de sacerdote, y de mostrar la belleza de la Iglesia, de testimoniar la vitalidad de la Iglesia y de repetir a todos que la figura más bella de la Iglesia es la Virgen María, Madre de la Iglesia. Haciendo todo lo que él me dice, Jesús, Verbo hecho carne, me alimenta. Cada homilía, cada gesto están impregnados de esta experiencia profunda de mi ordenación. Amo a la Iglesia, amo al signo sucesor de los Apóstoles.

El rostro más hermoso de la Iglesia es la Virgen María, Madre de la Iglesia; son también los pobres, los preferidos por Jesucristo. Repito con gozo, después de 29 años de sacerdocio, que mi corazón late siempre al ritmo del corazón de la Iglesia, haciendo siempre lo que él me dice: hacer amar a la Iglesia, mostrando la belleza de esta Iglesia de Jesucristo.